

EL CURA, enfatuado.

Tengo una idea...

VENANCIO, adivinando.

Yo tengo también una idea...

EL MÉDICO

Llevarle á Zaratán.

EL CURA

Al convento de Jerónimos.

VENANCIO, asintiendo con viveza, lo mismo que Gregoria,

Eso, eso.

EL CURA

Solución que debe ser la mejor, pues se aprueba por unanimidad.

EL MÉDICO

Allí estará como un príncipe. Falta que los reverendos quieran.

EL CURA

Deseándolo, querido Salvador, deseándolo. Locos de contento en cuanto les propuse...

VENANCIO

¿Pero habló usted con el Prior?...

EL CURA

¡Toma! ¿Creen que soy de los que cuando dan con una feliz idea la están rumiando siete me-

ses?... Y no sólo he hablado con el Prior, sino que he escrito á la Condesa...

GREGORIA, viendo llegar al Conde.

Cuidadito, que aquí viene.

ESCENA IV

EL MÉDICO, EL CURA, VENANCIO, GREGORIA; EL CONDE, á paso lento, apoyado en su palo. Nótase más deterioro y descuido en su ropa. Avanza muy abstraído, sin parar mientes en las personas que están en la habitación.

EL CURA

¿Señor Conde, cómo va ese valor?

EL CONDE

¡Ah! *pastor Curiambro*, ¿estás aquí? No te había visto... (Examinando las personas.) ¿Y este bulto...?

EL CURA

No es bulto, es nuestro gran médico...

EL MÉDICO, saludándole.

Señor Conde...

EL CONDE, muy afectuoso.

Perdona, hijo... ¡Veo tan poco!... Y aquél es Venancio... á ese le conozco sin verle... Y Gregoria... Ya está aquí todo el cónclave... Bien, bien... Antes de que me lo preguntes, médico

ilustre, te digo que, fuera de este achaque de la vista, me encuentro muy bien... ¡Y qué contento vivo en la Pardina! Venancio, Gregoria, sabed que estoy contentísimo, y que tendréis la satisfacción de alojarme por mucho tiempo...

VENANCIO

Es lo que deseamos...

EL MÉDICO

¿Va el señor Conde á dar su paseo?...

EL CONDE

Si ustedes no disponen otra cosa... Pero me quedaré un poquito por hacer los honores debidos á las dignas personas que honran mi casa. (Se sienta en el sillón.)

EL CURA

Mil gracias, señor Conde. Veníamos...

EL CONDE

Ya me lo figuro: á pasar revista á la huerta y examinar los tomates, y armar las grandes peloterías con Gregoria sobre si son mejores los de allá ó los de acá... (Todos rien.)

EL CURA

Los míos son así de gordos.

GREGORIA

Ya quisiera...

EL CONDE

Basta de polémicas, y si arrojáis en esta placentera reunión el tomate de la discordia, yo, deferente con el bello sexo, adjudico el premio á mi patrona... Gregoria, Venancio, Dios os colme de prosperidades... á ver si salís de pobres... (Con ironía sutil.) En ello voy ganando, porque de lo que tengáis, hijos míos, algo ha de participar siempre este pobre viejo... ¿Verdad que sí?...

VENANCIO, secamente.

Sí, señor.

EL MÉDICO, que, sentado á su lado, le pone la mano en el hombro.

¿Con que bien...?

EL CONDE

Pero no de la vista. Cada día se nublan más mis ojos.

GREGORIA, con un alarde de osadía.

El señor se pondría bueno de la vista... y de la cabeza... ¿lo digo? si no tuviera tan mal genio.

EL CONDE

¡Mal genio yo! Si con la voluntad siempre en guardia he logrado dominarme, y ya no riño, ya no me oiréis gruñir...

VENANCIO

Nos dice palabras blandas, pero con intención dura... Entre flores esconde el látigo con que...

EL CONDE

¿Yo? No, hijo mío. Precisamente quería aprovechar esta ocasión para decirte que admiro y alabo tus hábitos de arreglo, y tus grandes dotes de administrador.

VENANCIO, sobresaltado.

¿Qué quiere decir Vucencia?

EL CONDE

Que eres un ejemplo digno de ser imitado por cuantos manejan intereses propios ó ajenos. Así prosperan las casas. Si no eres ya rico, Venancio, yo te auguro que lo que posees en tomates y berenjenas, lo tendrás pronto en peluconas. Carmelo, Salvador, oigan este golpe: cuando llegué á la Pardina, este buen amigo mío y antiguo servidor puso á mis órdenes á un muchacho llamado Rogelio, inteligente, listo, para que fuese mi ayuda de cámara. Toda mi vida he tenido un servidor de esta clase. Mentira me parecía que pudiera pasarme sin él... Pero me paso, sí, señor, me paso... porque ayer me quitaron el criadito, y ya ven... estoy perfectamente.

VENANCIO, mascando las palabras.

Señor, es que... Rogelio...

GREGORIA

Fué preciso mandarle á traer yerba... (El Médico y el Cura se miran, hablan con los ojos.)

EL CONDE, con ironía finísima.

Pero, tontos, si no os riño; si me parece bien lo que habéis hecho... si os lo agradezco, porque así me vais educando en la pobreza, y enseñándome á ser como vosotros, económico, administrativo... No quiero ser gravoso; quiero que prosperéis; y con medidas como ésta claro es que habéis de llegar á ser riquísimos.

VENANCIO

Señor, díganos las cosas claras.

EL CONDE

Digo lo que siento. Y otra: tienes una mujer que no te la mereces. Esta Gregoria vale más que pesa, y con su instinto de gobernante de casa te ayudará, te empujará para que subas pronto á la cima de la opulencia.

GREGORIA, asustada.

Señor, ¿por qué lo dice?

EL CONDE

Porque es verdad. ¡Cuánto siento no estar ya en edad de tomaros por modelo!

EL CURA

¿Pero qué...?

EL CONDE

Que esta Gregoria, con su arte sublime de mujer casera, me ha suprimido mi bebida favorita: el buen café.

GREGORIA

Señor, si se lo llevé esta mañana.

EL CONDE

Me serviste un cocimiento de achicoria, recalentado y frío, que... Pero no te riño, no. Si está muy bien. Siempre me dais mucho más de lo que merece este pobre viejo inútil, enfadado... Prosperad, prosperad vosotros, y que os vea yo llenos de bienestar, desde el fondo de esta miseria en que he caído.

VENANCIO

No somos ricos ni aspiramos á serlo.

EL MÉDICO, con severidad.

Conviene que se sirva al señor Conde un café muy bueno. Yo lo mando.

EL CURA

Y yo... Y si no se le da como es debido, lo haré yo en casa, y se lo enviaré.

EL CONDE

Gracias... Pero ya veis que no me enfado... soy pobre, y como á pobre quiero que me traten. Este Venancio, esta Gregoria, que tanto me quieren y no pueden olvidar los beneficios que de mí han recibido, desean hacerme á su imagen y semejanza, y que como ellos viva, y como ellos coma, para de este modo sujetarme y tenerme siempre á su lado. ¿Verdad que es esto lo que anheláis? Pues me tendréis. De aquí

no me muevo. Estad tranquilos, que vuestro huésped seré... tendréis Conde de Albrit para un rato.

EL MÉDICO

Seguramente. Estos aires le prueban bien.

EL CONDE, con gravedad.

No me cuido yo de los aires, sino de la misión que tengo que cumplir.

EL CURA, receloso.

¿Aquí precisamente?

EL CONDE

Aquí... al menos por ahora. (El Médico y el Cura se sientan junto al Conde, uno por cada lado. Venancio y Gregoria se retiran y vuelven de puntillas, poniéndose tras el sillón á escuchar lo que hablan.)

EL MÉDICO

Pues si el señor Conde quiere oír un consejo de amigo y de médico... de médico más que de amigo, me permitiré decirle que la misión más adecuada á su edad y á sus achaquillos es darse buena vida.

EL CURA

Y no cuidarse de nada ni de nadie.

EL CONDE

La ancianidad da derecho al egoísmo; pero á mí, pásmense ustedes, me han rejuvenecido las desgracias, y tras las desgracias han venido las ideas á darme vigor. Por unas y otras,

yo tengo aún que hacer algo en el mundo. (El Médico y el Cura se miran, comunicándose con los ojos sus impresiones.)

EL MÉDICO

¿Sería tan amable el Sr. D. Rodrigo que nos dijera qué misión es esa?

EL CONDE

Misión que, en cierto modo, tiene cierto paralelismo con la tuya, Salvador, y con la tuya, Carmelo.

EL CURA

Tres misiones paralelas.

EL CONDE

Tú, *pastor Curiambro*, luchas en el terreno de la moral, disputando almas al pecado; tú, Salvador, te bates con la muerte en el terreno físico, tratando de arrancarle los pobres cuerpos humanos; yo combato en la esfera moral contra el deshonor (Pausa; D. Carmelo y Angulo se hacen guiños), que es lo mismo que decir: por el derecho, por la justicia... (Pausa. Sonríe benévolamente.) Veo poco, amigos míos; pero lo bastante para hacerme cargo de que os reís de mí.

EL CURA

¡Oh! no, Sr. D. Rodrigo...

EL CONDE

Si no me enfado, no. ¡Ay! El quijotismo inspira siempre más lástima que respeto. Si compadecéis el mío, yo compadeceré el vuestro: el

religioso y el científico... ¡Cómo ha de ser! En la relajación á que hemos llegado, el honor ha venido á ser un sentimiento casi burlesco.

EL CURA

Reconozcamos, mi señor D. Rodrigo, que lo han desacreditado los duelistas...

EL CONDE

Sí, sí, y los nobles presumidos. Aparte de eso, ¿no alcanzáis á ver la relación íntima del honor con la justicia, con el derecho público y privado? No, no la véis... Sin duda sois más ciegos que yo... Y decidme ahora, tontainas: ¿también os parecen cosa baladí la pureza de las razas, el lustre y grandeza de los nombres, bienes que no existen, que no pueden existir sin la virtud acrisolada de las personas que...? (Sus interlocutores callan, observándole.) No, no me entendéis. Tú, clérigo, y tú, doctorcillo, vivís envenenados por los miasmas de la despreocupación actual de ese asqueroso *lo mismo da*, de ese inmundo *¿y qué?*

EL CURA

Comprendemos la idea; pero...

EL MÉDICO

Es una idea feliz; pero...

EL CONDE, irritándose.

¡Pero qué!... (Se calma y sonríe con desdén.) Si tuviera tiempo y ganas de entretenerme, os expli-

caría... (Sintiendo ruido detrás del sillón.) ¿Quién anda ahí? (Descubre á Venancio y su mujer.) Venancio, Gregoria, ¿por qué andáis por ahí acechando como espías? Venid á mi lado, que lo que digo, decirlo puedo y quiero también delante de vosotros. Ya todos somos iguales. Venid. (Se acercan tímidamente.) Pues decía: á ti y á ti (Por el Cura y el Médico), según veo, os importa un ardite que las familias honradas... y no me refiero sólo á las aristocráticas, sino á toda familia pundonorosa y decente... conserven la limpieza del nombre y de la sangre... (Á Venancio y Gregoria.) ¿Y vosotros, qué pensáis, papanatas? También á vosotros os tienen sin cuidado las usurpaciones ignominiosas de estado civil, nombre, riqueza... (Callan los cuatro, observándole compadecidos.) ¡Ah, todos lo mismo: el sabio, el ignorante, igualmente ciegos ante el sol de la moral pura, de la verdad!... (Bruscamente, levantándose.) Me voy... no quiero más conversación, no quiero...

EL CURA, queriendo detenerle.

Pero, señor Conde...

EL MÉDICO

Señor, aguarde...

EL CONDE, nervioso, rechazándoles.

No quiero, no... Me voy... Abur, abur. (Sale.)

ESCENA V

EL CURA, EL MÉDICO, VENANCIO, GREGORIA

VENANCIO, viéndole alejarse.

Allá va: habla solo, golpea el suelo con su palo.

GREGORIA

¿Qué les parece á ustedes?

EL CURA

Á mí, cosa perdida.

VENANCIO

Á mí... peligroso.

EL MÉDICO, más reflexivo que los otros.

No precipitarse á juzgar. Le tengo por uno de tantos. El hombre piensa; su idea le invade el espíritu; su voluntad aspira á la realización de la idea. Uno de tantos, digo, como usted y como yo, mi querido D. Carmelo.

EL CURA

¿No ves la demencia en ese pobre anciano?

EL MÉDICO

Veo la exaltación de un sentimiento, una inteligencia que trabaja sin desmayar nunca, una voluntad agitándose en el vacío, con fuerza hercúlea que no puede aplicarse...

VENANCIO, desdeñoso.

Estos médicos siempre han de dar á las cosas nombres raros.

GREGORIA

Para que no entendamos.

VENANCIO

¿Es eso locura, ó qué es?

EL MÉDICO

¿Queréis que os hable con toda sinceridad, como médico honrado? Pues no lo sé.

EL CURA, confuso.

¿Es ó no clara la monomanía?

EL MÉDICO

En toda monomanía hay una razón.

EL CURA, mirando al techo en busca de una idea que se le escapa.

Bueno: yo veo...

VENANCIO, rascándose el cráneo.

Sí: yo veo también...

GREGORIA, más sincera que los demás.

Todos vemos que... Lo diré claro: las barrabasadas de la señora Condesa han influido en que nuestro D. Rodrigo esté tan perdido del caltre...

EL CURA

Exactamente... De ahí le viene la tos al gato.

EL MÉDICO

Porque... aquí que nadie nos oye, señores... la Condesa...

EL CURA, limpiando sus gafas.

Todo lo que digas es poco.

VENANCIO

No siga usted, D. Salvador... La señora...

GREGORIA

Callamos por respeto; pero ello es que la tal Doña Lucrecia...

EL CURA, sonriente.

Chitón...

VENANCIO

No chistamos...

EL CURA, poniéndose las gafas.

Nos sale al encuentro un caso delicadísimo de la vida privada, y ante él cerramos nuestros picos, y nos lavamos nuestras manos. La misión de los que ahora estamos aquí reunidos no es enmendar los yerros de la Condesa de Lain, ni tampoco sacarla á la vergüenza pública. Nuestra misión... (Tosiendo, para tomar luego un tonillo oratorio.) nuestra misión, digo, es tan sólo aliviar, en lo que de nosotros dependa, la triste situación, física y moral, de ese anciano desva-

lido, de ese prócer ilustre, verdadero mártir de la sociedad, amigos míos. Y recordando que en la época de su poderío y grandeza él nos tendió la mano y fué nuestro sostén, correspondámosle ahora con nuestra filial solicitud y cariñoso amparo.

(Demostraciones de asentimiento. Sigue á ellas amplísima y á ratos calurosa discusión. Aceptada en principio por los cuatro vocales la conveniencia de alojar al anciano Albrit en los Jerónimos de Zaratán, surgen criterios distintos acerca de la forma y manera de realizar lo que creen benéfica y santa obra. Mientras Venancio opina que debe conducirse al Monasterio con toda la derechura y sencillez con que se traslada un buey de éste al otro prado, Gregoria, más delicada y benigna, propone que los propios monjes vengan por él, y le conviden á una fiesta, y le hagan muchas carantoñas hasta llevarsele; y una vez allí, que le trinquen bien y le pongan ronzal de seda. El Médico, por el contrario, niégase á autorizar nada que trascienda á forzado encierro, y sostiene que D. Rodrigo debe entrar en Zaratán voluntaria y libremente, y quedarse allí sin ninguna violencia, única manera de precaver un desorden mental verdaderamente grave. Y el Cura, hombre conciliador, que todo lo pesa y mide, se ofrece á buscar una fórmula que sea como resultante mecánica de las diversas opiniones expuestas, y á proponer un procedimiento que á unos y otros satisfaga. Nómbranle por unanimidad *Comisión ejecutiva*, y como él se pirra por todo lo que sea dirección y mangoneo, promete desplegar en el asunto toda su diplomacia, y el hábil manejo con que sabe acometer las empresas más arriesgadas y dificultosas.

Despídese Angulo para continuar sus visitas, y Don Carmelo, con los dueños de la casa, se dirige al espacioso

y bien poblado gallinero de la Pardina. Examinando huevos, pollos y echaduras, se pasa parte de la mañana, y, por último, se convida á comer. Gregoria le aconseja que prefiera la cena, y propone invitar también al Médico. Aprobación unánime.)

ESCENA VI

Bosque.

EL CONDE, solo, paseando lentamente.

¡Qué hermoso día!... aire manso y tibio, cielo claro, las nubes replegadas sobre el horizonte, el mar azul, tendido, adormilado... el bosque en silencio. ¡Qué solemne tranquilidad! El paso del hombre no ensucia este cuadro grandioso y puro... (Mira hacia el sendero que corta el bosque en dirección á Jerusa, y detiénese creyendo sentir voces.) ¿Vendrán las nenas de paseo? Parecióme oír sus voces lejanas... el corazón me ha saltado en el pecho... No son ellas, no. Es que el bosque tiene ruidos extraños, modulaciones misteriosas que á veces semejan llanto de niños, á veces risotadas de muchachas que anduvieran volando entre el ramaje. (Óyense, en efecto, voces, risas.) ¡Ah! ¿Serán ellas? No... son insectos ó no sé qué animaluchos, que remedan la voz humana. (Aparecen mujeres del campo, charlando y riendo.) Por allí vienen... Pero no son ellas. Esas voces ordinarias no son las de las graciosas niñas de Albrit. (Pasan las aldeanas y le saludan respetuosas; el Conde contesta con afecto paternal al saludo.) Adiós, hijas; que os divirtáis mucho... (Sigue andando.) Ya estoy solo otra vez... No sé qué voz del alma me

dice que no vendrán por aquí mis chiquillas. ¡Cómo han de venir las pobres, si toda la mañana las tienen encerradas con el preceptor, un simple, á quien se paga para embrutecerlas! Pero no conseguirán haceros idiotas, ¿verdad, hijas mías?... (Suspirando.) ¡Nell, Dolly! ¿cuál de vosotras es mi nieta, heredera de mi sangre y de mi nombre? (Deteniéndose y cruzando las manos, dolorido.) Señor, ¿las amo ó las aborrezco? En mi corazón hay plétora de amor á mi descendencia. Pero la certidumbre de que una de las dos, una... no es de ley, me vuelve loco... No, no es esto locura, no puede serlo; esto es razón, derecho, justicia, el sentimiento del honor en toda su grandeza... (Desesperado.) Daría mi vida por ellas... las mataría... no sé. (Continúa andando, agitadísimo.) No puedo, no debo consentir intrusos en mi linaje... Al fuego la hierba mala, traída á mi hogar con engaño, contrabando del vicio... Esa diabólica mujer no ha querido decirme cuál es la falsa; pero no importa... Verás, verás, infame, cómo yo lo averiguo sin ajeno auxilio, sin interrogar á los que seguramente conocen tus secretos... Dios me dé una intensa penetración para desentrañar la verdad; sabré leer la historia de mi deshonra en esas preciosas caras; y si por mi ceguera no acierto á descifrar los rostros, leeré la invisible cifra de los pensamientos, penetraré en la hondura de los caracteres, y no necesito más, pues los caracteres son el temperamento, la sangre, el organismo, la casta... Adelante, Rodrigo de Albrit... Voy á sentarme en aquel altozano del bosque que parece suspendido sobre el mar, y que está siempre seco y bien bañado del sol. (Apresura el

paso.) No se qué tengo hoy, que no me canso nada, pero nada. Andaría mis dos leguas como un hombre...

Otra parte del bosque.

Terreno quebrado, donde escasean los árboles, y abundan los chaparros y arbustería silvestre entre rocas musgosas. Al Norte, el cantil que desciende con rápido declive hasta la playa, la cual se extiende limpia y arenosa en toda la profundidad del paisaje. En una peña que le ofrece cómodo asiento se recuesta el anciano, meditabundo, y contempla abstraído la costa, y el oleaje manso y rumoroso.

¡Cómo pica el sol! Turbonada esta tarde... Allá lejos, en la playa, distingo unos bultitos blancos que se mueven... Dios mío, ¿serán ellas? (Haciendo anteojo con su puño para ver mejor.) Sí, sí... juraría que son ellas... Aquel vagar rápido, aquel vuelo de mariposas... (Con súbita alegría.) Ellas son. Hasta me parece que oigo sus chillidos alegres. (Bajando un poco, entre las peñas.) Y distingo también un bulto negro, una especie de cigarrón que las persigue... Es el maestro, el pobre Coronado... ¿Qué haré? ¿Las llamo, les hago una seña con el pañuelo, voy á buscarlas? (Vuelve á sentarse, indeciso.) ¡Dios mío, estas lindas criaturas serían mi encanto, mi gloria, mi consuelo, si no me amargara la vida el convencimiento de que una de ellas es intrusa, fraudulenta, usurpadora! Quiero idolatrarlas; pero antes, urge separar la verdad de la mentira, para poder amar exclusivamente á la que lo merezca... ¿Cuál es, cuál de las dos, Señor? (Se golpea el cráneo con el puño cerrado.) Misterio terrible, ¿será posible que yo

no pueda penetrar en ti?... (Pausa.) ¿Qué atracción es ésta que hacia ellas me llama?... Fuerza superior á mi voluntad. No quiero ir, y voy... Atracción del enigma, el ansia inmensa del *¿qué será!*... (Se levanta.) ¡Ah, parece que me han visto! Creo notar una agitación de cosas blancas, como si me saludaran con los pañuelos. Sí, sí: ya percibo sus vocecitas, más dulces, más musicales que cuantos sones hay en la Naturaleza... (Gritando.) Sí, sí, Nell, Dolly; aquí estoy... Ya os había visto... os veo en medio de la inmensidad... ¿Queréis que baje, ó subís vosotras?... (Gozoso.) Ya, ya vienen. No corren, vuelan.

ESCENA VII

EL CONDE, NELL, DOLLY, D. PÍO

NELL, cuya voz suena lejos.

¡Abuelo, abuelo!

EL CONDE

No corráis, hijas, que podéis caerros.

DOLLY. (Suena la voz menos lejana.)

Abuelo, te vimos, te vimos.

NELL, cerca.

Yo fui la que primero te vi.

DOLLY, más cerca.

No, que fui yo.

EL CONDE

Yo bajaría; pero este camino, lleno de zarzas, es tan quebrado que temo caerme.

NELL, próxima.

No te muevas, que allá vamos.

DOLLY, más próxima.

Por esta veredita, Nell.

NELL

Por aquí. (Llegan á un tiempo las dos, sofocadas, sin aliento, junto al anciano, que las abraza y las besa.)

EL CONDE

¿Por qué habéis venido tan á prisa? Claro, como sois ángeles, nada os cuesta volar.

NELL.

D. Pío no quería que viniésemos.

DOLLY, sujetándose el cabello, que el viento le ha soltado.

Allá sube como una tortuga el pobre viejo...
¿Qué trabajo le cuesta seguirnos!

EL CONDE

Sentaos ya, y descansad aquí conmigo.

DOLLY

¿Estás ya contento?

EL CONDE

¿No lo ves? ¿Por qué me lo preguntas?

NELL

¡Como esta mañana estabas de tan mal humor!... (Sorpresa del anciano.) Sí, sí... y cuando entramos á darte los buenos dias, nos asustaste.

NELL

Nos dijiste: «¡Idos; dejadme solo!»

EL CONDE

No hagáis caso. ¡Es que Gregoria me había servido tan mal...!

DOLLY, con mimo.

De veras, ¿no estás enfadado con nosotras?

EL CONDE

Nunca. Os quiero, os idolatro.

NELL, cariñosa.

Y como Gregoria y Venancio te sirvan mal, ya les ajustaremos las cuentas. ¡Vaya...!

EL CONDE

Niñas mías, la gente pequeña, cuando se hincha de vanidad y coge debajo á los que fueron grandes, es terrible, es peor que las fieras.

D. PÍO, que llega jadeante, medio muerto de fatiga, y se arroja en el suelo.

Señor Conde, saludo á usía. Como soy viejo, no puedo seguir á estas criaturas, que tienen alas de mariposa.

EL CONDE

¡Pobre Coronado, cuánto le marean á usted!
¿Y qué tal? ¿Se han sabido la lección?

D. PÍO, con suprema honradez.

Señor, ni palotada. Me lo puede creer.

EL CONDE

¡Habrá picaruelas...!

D. PÍO

Como usía es tan tolerante, puedo decirselo: hacen burla de la ciencia y de mí.

EL CONDE, jovial.

¡Qué monas! ¡Ángeles divinos! Besadme otra vez, Nell y Dolly, amables borriquitas. Vuestro D. Pío, que os consiente todas las travesuras, y juega con vosótras cultivándoos en la ignorancia, demuestra ser un verdadero sabio.

NELL, irónica.

Di que queremos sorprenderle, y aprendemos sin que él lo noté.

DOLLY, maleante.

Le hacemos rabiar un poquito para amansarle el genio, porque este D. Pío, aquí donde le ves, tan suavecito, es un tigre.

EL CONDE

No, hijas mías, es un cordero, un santo cordero... ¿No le veis esa cara?... Dios le hizo santo,